

IDENTIDAD Y SENTIDO

**Ariadna SALVÁ AIGE, Silvia POSTIGO ZEGARRA
y Josep GALLIFA ROCA**

Resumen

En este trabajo se presenta una propuesta de integración teórica en el concepto de Identidad Nodal, sus conexiones con el sentido en términos franklianos y, brevemente, el ejemplo de una intervención derivada de este modelo. El concepto de identidad no está explícito en el paradigma frankliano, pero puede decirse que está implícito en sus tesis. Aplicando dicho paradigma al concepto de identidad, encontramos que la identidad es de naturaleza procesual, relacional, dialógica y trascendente; pudiendo ser considerada como la integración de las experiencias identitarias significativas en las tres dimensiones del ser humano e incluyendo su naturaleza dual: fáctica y facultativa. Más allá de los puentes teóricos, la intervención en el territorio nos sugiere que identidad y sentido son dinámicas estrechamente relacionadas, de modo que no existen la una sin el otro. Por ello, se concluye la necesidad de entender y atender a ambas experiencias del ser humano en su desarrollo.

Abstract

Identity and meaning

This paper presents an integrative theoretical proposal on the concept of Nodal Identity, its connections with the concept of meaning as postulated by Frankl, and a brief example of an intervention derived from these ideas. The concept of identity is not explicit in Frankl's paradigm, but implicit in their thesis. Applying this paradigm to the concept of identity, it is found that identity is a relational, dialogic and transcendent process; and can be considered as the integration of significant experiences in the three dimensions of identity, including its dual nature: factual and facultative. Beyond the theoretical knots, the intervention in the territory suggests that identity and meaning are dynamics closely related, so there

is no one without the other. Therefore, the need to understand and attend to both experiences of human being in his/her development is concluded.

Palabras Clave: Identidad, Sentido, Logoterapia, Intervención comunitaria

Key words: Identity, Meaning, Logotherapy, Community intervention

Introducción

El concepto de identidad no está explícito en el paradigma frankliano. No obstante, puede decirse que está implícito en las tesis de Frankl, tales como “El ser humano no es un objeto entre otros objetos: las cosas se determinan unas a otras, pero el hombre, en última instancia, es su propio determinante” (Frankl, 2004, p. 153), vale decir que decide quién es. El objetivo de este trabajo es aplicar algunos aspectos del paradigma frankliano al concepto de identidad, tendiendo así puentes teóricos entre las experiencias de identidad y sentido; así como mostrar un ejemplo de intervención desde este modelo.

Concepto de Identidad

Existen muchas miradas hacia el constructo “identidad”; sin embargo, existen básicamente dos maneras de atrapar su significado: Una identidad cuantitativa, que sólo existe en las matemáticas, y una identidad cualitativa, que se refiere bien a la “esencia” o “mismidad”, bien a la “continuidad psicológica” de la persona (Rodríguez, 2003). Cuando se habla de la identidad personal del ser humano únicamente cabe referirse a la identidad de forma cualitativa. Así, desde una perspectiva puramente psicológica, la cualidad definitiva de la identidad estriba en su esencia reflexiva, manifestada en la capacidad única del ser humano de mirarse y preguntarse sobre sí mismo. Esta capacidad es captada por el lenguaje en la distinción “yo” y “mi”. La historia del estudio psicológico de la identidad es la historia de las diferentes conceptualizaciones de esta auto-observación y la dinámica entre el yo y el mi. De este modo, se distinguen varias perspectivas más o menos sucesivas en el tiempo (Postigo, 2011), tal como se resume en la Tabla 1.

Históricamente, la perspectiva biologicista que anclaba la identidad en el cuerpo (retomada en la actualidad por la perspectiva neurocientífica, que ancla la identidad en algún lugar o dinámica el cerebro), dejó lugar a una perspectiva internalista, que anclaba la identidad en algún punto interior del ser humano como cualidad esencial del mismo. En esta perspectiva pueden situarse teorías como la de James (1890), el psicoanálisis freudiano y la más moderna teoría cognitiva. La crítica a la identidad como esencia se inicia con la aparición del Interaccionismo Simbólico de Mead (1934) y se extiende hasta nuestros días con la perspectiva posmoderna, que agrupa planteamientos constructivistas, narrativos y de múltiples yoes posibles, entre otros (Bauman, 2005; Bruner, 1991; Gergen, 1991; Markus y Nurius, 1986).

Tabla 1. Perspectivas históricas sobre la identidad.

Perspectiva teórica	Concepto de yo	Concepto de mi	Concepto de identidad o dinámica yo-mi
Biologicista	El dispositivo neurológico asociado a imágenes (cortezas cerebrales sensoriales, regiones de asociación y núcleos subcorticales) son suficientes para la experiencia de la subjetividad	Anclado en el cuerpo (dimensión somática del ser humano) Determinado por el organismo, a nivel biológico, hormonal y neural	El cuerpo es fundamento de toda experiencia del sí mismo Identidad como experiencia subjetiva
Internalista	Esencia o centro del ser que es idéntico a través de todas las experiencias "Yo" como sustancia o sustantividad Procesamiento de la información referida al mi (Self)	Anclado en la memoria Determinado por esquemas cognitivo-emocionales formados por procesos de categorización de las experiencias	Identidad como esquema del yo (auto-concepto), que media entre impulsos biológicos y sociales, organiza la memoria autobiográfica (historias del mi) y genera expectativas de sí mismo
Externalista (Interaccionismo simbólico)	Cuestiona la identidad como una esencia que existe al margen de nuestra percepción, postulando la construcción social intersubjetiva de la identidad	Anclado en las demandas de la interacción social Determinado por el contexto cultural del momento Mi como producto de una reflexión o diálogo entre Yo y el otro (no-Yo)	Identidad como diálogo con uno mismo (entre el yo y el mí/Self) y los otros
Posmoderna	Yo como narrador, protagonista Diálogo entre múltiples voces (yoes)	Mi distribuido en las múltiples interacciones sociales, multidimensional y descentrado	Identidad líquida, inestable y sin forma

Es posible dialogar con la antropología frankliana en el ejercicio teórico de aplicar su ontología dimensional al desarrollo histórico del concepto de identidad. Así, se observa cómo, en la definición o caracterización de la identidad, van ganando peso sucesivamente la dimensión corporal del ser humano (perspectiva biologicista), la dimensión psicológica (perspectiva internalista) y la dimensión social (perspectiva externalista). En cuanto a la inclusión de la dimensión social en el concepto de identidad, se distinguen dos acercamientos. El primero es el de las teorías de la identidad social, la cual deriva de la pertenencia a un grupo y la valoración afectiva que se hace del mismo, y es relativamente independiente de la identidad personal, con la que puede entrar en conflicto (Tajfel, 1984; Turner, 1987). El segundo toma en cuenta la integración entre el individuo como organismo psicofísico y la sociedad con la que vive, esto es, entre la biografía y los referentes culturales del momento (Bruner, 1991; Erikson, 2000).

No conocemos un modelo de identidad que incluya la dimensión espiritual o trascendente de la persona, exceptuando el acercamiento de Cloninger (2004) al desarrollo de la personalidad. Este autor considera la identidad como el sentido de coherencia y está íntimamente relacionado con el desarrollo no-lineal de la autoconsciencia. Según el modelo, la autoconsciencia crece en tres dimensiones simultáneas, que establecen el carácter de la persona: la Auto-dirección, que hace referencia a la relación de uno consigo mismo, la Cooperación, que hace referencia a la relación de uno con el otro o los demás, y la Auto-trascendencia, que hace referencia a la relación de uno con el universo o mundo, como un todo.

La visión antropológica de Frankl indica que el hombre es una unidad de tres dimensiones y naturaleza dual. Ésta implica la existencia de una dimensión fáctica de la persona (condicionada, limitada y expresada en lo somático y psíquico y quizá también en lo social), y una dimensión facultativa, que es la espiritual, pura dinámica y potencia (lo que puede llegar a ser), así como esencia de la persona (lo que realmente es) (Etchebehere, 2009). Puede decirse que Frankl sitúa la identidad de la persona en la dimensión espiritual, pues ésa es su esencia.

El sentido de la identidad

A pesar de la diversidad de miradas sobre la identidad, como dice Castells (1997), lo que es obvio es que la identidad es la fuente de sentido y experiencia primordial para la persona. Esto es, que el sentido primordial de la función de identidad es hacia el descubrimiento del sentido. Como dice Acevedo (2002) “Una cosa es tener datos y otra muy diferente es conocer. Los datos que no se articulan no sirven para nada. Conocer es saber qué hacer con la información, es separar y unir, distinguir e implicar, relacionar y articular, no sólo analizar y distinguir. Es organizar buscando el sentido”. Organizar los datos del sí mismo y sus experiencias es la función primaria de la identidad, proceso íntimamente dependiente de la auto-consciencia.

En esta línea, autores clásicos como Erikson (1968) y Blasi (2005) describen la identidad como la experiencia subjetiva de un yo más profundo, nuclear o esencial, que proporciona un sentido de la unidad personal y de la individualidad, así como de dirección para la propia vida. Organización de la experiencia y dirección para la propia vida serían, pues, las funciones características del proceso identitario y su efecto percibido, la identidad. Estas concepciones habría que ponerlas en diálogo con la acepción frankliana de sentido, o donde encontramos que donde el polo subjetivo del sentido es inseparable de un polo objetivo.

Para que la identidad actúe como fuente de sentido, es necesario entender la identidad como un proceso. Para ello, se puede aplicar la conceptualización frankliana de lo espiritual a la experiencia de la identidad. En la tradición fenomenológica se hablaba de un Yo trascendental (o simplemente Yo, el que puede percibir y trascenderse a sí mismo) y un Yo empírico o “Self” (mi, el que es percibido). Este término inglés refleja bien la capacidad reflexiva y la doble naturaleza de la identidad que, en el idioma castellano, tendría su expresión en los verbos “ser” y “estar” (Rodríguez, 2003). En términos franklianos, cabría hacer corresponder asimismo esta distinción en los verbos “ser” (yo) y “tener” (mi), pues dice Frankl que “el hombre tiene cuerpo y alma, pero es espíritu” (1987, p. 141). No obstante la frase anterior, Frankl prefiere hablar de “lo espiritual”, siempre con la expresión seudo-sustantiva y evitando el sustantivo “espíritu” (Etchebehere, 2009) porque “el espíritu no es una sustancia,

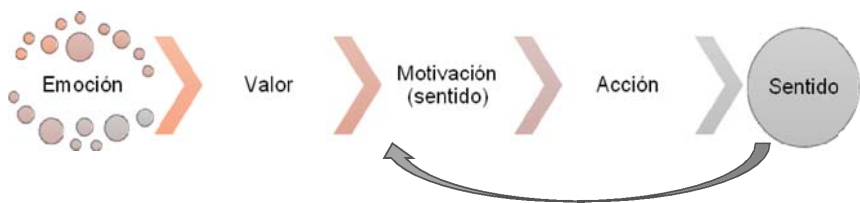
sino pura dynamis” (Frankl, 1987, p. 185). Así, en Logoterapia, se asume la permanencia de la persona a pesar de los procesos de cambio, pues lo que cambian son las expresiones de la identidad, y no su naturaleza procesual. Como del sentido, de la identidad puede decirse que “es más bien una entidad ontológica, y de una realidad ontológica no se puede hablar como si fuera una realidad óptica” (Frankl, 1987, p. 185). Esto es, que la persona existe para devenir, que es un ser siendo (Acevedo, Etchebehere y Girons, 2015). En este caso debemos adoptar una epistemología de la complejidad que nos permite adentrarnos en una comprensión de los procesos de cambio desde una perspectiva holística e integral del ser humano.

La Identidad Nodal: Relación entre Identidad y Sentido

Por no encontrar en la literatura un concepto mejor (no descartamos que lo haya), hemos dado en llamar Identidad Nodal a la experiencia subjetiva de ser yo, incluyendo la naturaleza procesual y dialógica de la identidad, esto es, que se desarrolla o realiza en la interacción con un tú y en un “ser nosotros”, pero salvaguardando su carácter esencial y objetivo. Creemos que es, precisamente, desde el paradigma frankliano, donde apenas se habla de identidad, que se puede realizar esta aparente paradoja. Según Frankl (1987, p. 150): “Podemos, pues, formularlo así: Lo corporal se transmite mediante la herencia; lo psíquico se encauza mediante la educación; pero lo espiritual no puede educarse: Lo espiritual debe realizarse; lo espiritual existe sólo en la auto-realización, en la realización de la existencia”. Del mismo modo, la identidad existe, es, pero debe realizarse. Y, al igual que el Sentido, no puede inventarse, sino que debe descubrirse en la acción que realiza valores, que convierte potencia en acto, que actualiza a la persona en lo que (realmente) *es* o, como dice Etchebehere (2009, p. 45) en actos “que engendran o dan testimonio de vida”. Este testimonio de vida (de quién soy, de mi identidad) actúa como motor de sentido cuando las personas hacen el gesto de mirar hacia atrás en sus vidas, pudiendo apreciar lo que han realizado. El sentido de la vida no es una noción teórica, sino una experiencia profundamente personal. El sentido de la vida se concreta en acciones. Parafraseando a Frankl, no basta con preguntarse por el sentido; hay que responder a él afrontando la vida.

La identidad nodal es la integración de las experiencias identitarias. Esto es, que surge de la unidad indivisible de las dimensiones somáticas, psicológicas, sociales y espirituales de las experiencias identitarias. El adjetivo nodal hace referencia a la descripción que en Física se hace de nodo, según la RAE: “Cada uno de los puntos que permanecen fijos en un cuerpo vibrante o un movimiento ondulatorio. En una cuerda vibrante son siempre nodos los extremos, y puede haber varios nodos intermedios.” Considerando la espiritualidad como la experiencia de conexión con el universo como un todo, creemos que la función de los nodos en un cuerpo vibrante es la metáfora perfecta para enfocar la naturaleza relacional, dialógica y trascendente de la identidad.

Figura 1. De la emoción al sentido: Micro-procesos de la Identidad Nodal.



Hay un recorrido que puede explicarnos cómo se desarrolla ese ser con sentido (la identidad), siendo en el mundo. Como se resume en la Figura 1, hay una situación que activa en nosotros una emoción, la cual puede ser simbolizada en palabras o imágenes que resuenan con la sensación sentida (Gendlin, 1981). De la conciencia sobre el proceso emocional sentido emerge el valor, re-descubriendo o re-activando la experiencia para atribuirle valor, esto es, sintiendo el sentido que tiene esa experiencia. El mecanismo que se activa es la motivación, que está implicado e implícito en el ejercicio de la responsabilidad y la libertad. La libertad (de voluntad de sentido) nos permite actuar y concebir las cosas de una forma o de otra, haciendo referencia a los valores de creación, vivencia y actitud; mediante aquellos actos que nos vinculan a la vida y permiten o facilitan una mayor integración de las experiencias. Cuando la persona puede

narrarse a sí misma y a su propia historia, siendo un gerundio en la experiencia, se atribuye un valor real de alto significado y sentido (Merlo, 2011). Esta es la experiencia integral de la identidad, expresión de una identidad profunda que manifiesta su razón existencial en los actos, en la vida.

La dimensión trascendente de la identidad nodal es la que nos permite extendernos más allá de nuestro pequeño mundo, que suele responder a los juicios de valor que hacemos hacia el mundo. Esto nos distancia de lo que verdaderamente “hay” en la realidad, y afecta consecuentemente a cómo nos relacionamos con ella. La identidad nodal como vehículo de experiencias, nos posibilita adaptarnos de unos contextos o a otros sin perder nuestra esencia, o “ser con el mundo sin dejar de ser yo”. He aquí el puente con la tríada de Frankl libertad-voluntad-sentido, donde cobra sentido la identidad nodal, entendida como el nodo de quiénes somos, incluyendo nuestro potencial. Un nodo en la red social y un nodo en la red de la experiencia subjetiva. Este nodo, constituido por las dimensiones bio-psico-social y espiritual, es un conjunto organizado que da expresión vivida a quienes somos en el mundo y para la vida.

Pero además, hay una base narrativa en la identidad, que nace del diálogo con otros o en cómo el sujeto se explica a sí mismo. Según Gergen (1994, p. 187), la identidad es la “consideración individual de la relación entre acontecimientos relevantes para el self a lo largo del tiempo. Desarrollando una narrativa del self establecemos conexiones coherentes entre acontecimientos vitales. Más que ver nuestra vida simplemente como “una maldita cosa tras otra”, formulamos una historia en la que los acontecimientos vitales se relatan sistemáticamente, volviéndose inteligibles por su lugar en una secuencia o proceso de desarrollo”. El self establece una relación dialéctica que favorece a la expresión coherente de su autoría existencial, puesto que el ser humano tiene la capacidad de auto-organizarse internamente, y es allí donde se encuentra la fuente primaria de la identidad del sujeto (no de sus anclajes, que serían somáticos, psíquicos y sociales) (Revilla, 2003). Se entiende así la identidad como producto y a la vez proceso de la construcción de narrativas del self y de posicionamientos discursivos y relacionales, así como el resultado y a la vez proceso de un sentido profundo de autoconciencia.

En resumen, la identidad puede ser atendida tanto desde el proceso de mirarse y experimentarse a uno mismo (contexto), como desde lo que se ve o se es consciente de ver al mirar (contenido) (Wilson y Luciano, 2007). Es ésta la cualidad humana fundamental, la de la reflexividad o auto-conciencia, que lo mismo nos permite afrontar el destino, haciéndonos dueños de nuestra libertad mediante el ejercicio de auto-distanciamiento, que atascarnos en una miríada de pre-concepciones, pre-juicios y expectativas que limitan nuestras posibilidades. Desde la concepción frankliana se plantea que, en la base de la autoconciencia, existe una identidad existencial de raíz inconsciente (autocomprensión ontológica prerreflexiva). No obstante, también se plantea la eventual necesidad en la vida de todo ser humano, de hacer consciente lo inconsciente –incluido lo inconsciente espiritual-, con el único propósito de hacer que se torne de nuevo inconsciente, porque “en última instancia, es la tarea de todo terapeuta, reinstaurar la espontaneidad e ingenuidad de un acto existencial irreflexivo” (Frankl, 2000, p. 44).

Identidad Nodal y Sentido Común: Una Intervención desde la Identidad Nodal

Planteados los puentes teóricos entre identidad y sentido, creemos que es posible esbozar un modelo de intervención basado en la identidad nodal (Figura 2). Pero antes, es preciso señalar que este modelo se describe desde el nuevo paradigma, en términos de No-linealidad (vs. Causalidad), Complejidad (vs. Reduccionismo), Procesualidad (vs. Mecanicismo) y, como característica fundamental, integración (Delgado y Rodríguez, 2010). Aunque decimos que es una intervención basada en la identidad nodal, en última instancia, está deriva de la Logoterapia frankliana y, como ella, este modelo no hace partes del proceso ni del ser humano, y es complementario a cualquier otra técnica u orientación terapéutica. Así, describimos un proceso de intervención que lleva a la persona desde el descubrimiento de su identidad personal (quién eres), condicionada, limitada o anclada en circunstancias bio-psico-sociales; a la realización de la identidad nodal (quién estás convocado a ser siendo en el mundo), libre y comprometida en un sentir, hacer, pensar y ser coherente con la llamada del sentido y a través de la realización del sentido. Así, es la búsqueda y la realización de valores mediante acciones con sentido lo que nos lleva al

descubrimiento del aspecto nodal (vale decir dialógico-trascendente) de la identidad, trascendiendo lo que somos aquí y ahora, sin negarlo, y uniéndonos en un “nosotros” que, a diferencia de los procesos de identidad social (Tajfel, 1984; Turner, 1987), no excluye al “ellos”, sino que lo integra. Podríamos decir que, igual que no hay yo sin tú, ellos también somos nosotros.

Figura 2. Modelo de intervención: Macro-proceso de la Identidad Nodal.



Dentro de este modelo, que describimos como el macro-proceso de cualquier intervención centrada en la identidad y el sentido, se dan los micro-procesos descritos más arriba (Figura 1) de cada persona participante. Esto es, las transacciones de esa persona con el mundo y en el mundo, que posibilitan fenómenos, tan bien descritos por Frankl (1969), como la responsabilidad o el cumplimiento de los sentidos únicos, el auto-distanciamiento y la auto-trascendencia.

Por otra parte, este tipo de modelo permite plantear objetivos personales y colectivos en una intervención en el ámbito social. No obstante, aunque la intervención sea individual, el desarrollo personal siempre impactará en el desarrollo colectivo. De la misma forma que la resiliencia individual incide en última instancia en la resiliencia comunitaria, entendida la resiliencia como la capacidad de mantenerse integrado a pesar de

la adversidad, e incluso lograr un desarrollo positivo de acuerdo a los propios valores insertos en la cultura (Acevedo, 2002). Este proceso se articula desde un paradigma sistémico que facilita una mirada de conjunto (Bertalanffy, 2006). Para llevar a cabo la intervención social con una orientación hacia el sentido y una perspectiva sistémica, necesitamos realizar un análisis de las necesidades y recursos de 360 grados, esto es, de todas las personas y grupos que participan del proceso. Una vez tengamos identificadas estas necesidades y recursos, podremos apreciar cuáles son compartidas, complementarias o compensadas, y proponer la creación de un proyecto conjunto, donde los objetivos personales se concretan en objetivos comunitarios.

En su formulación original, el sentido psicológico de comunidad es una experiencia subjetiva de pertenencia a una colectividad mayor, formando parte de una red de relaciones de apoyo mutuo en la que se puede confiar (Sarason, 1974). Los elementos que le dan forma a esta valoración personal son: la percepción de similitud con otros, el reconocimiento de la interdependencia con los demás, la voluntad de mantener esa interdependencia dando o haciendo por otros lo que uno espera de ellos, y el sentimiento de que uno es parte de una estructura más amplia, estable y fiable. Según McMillan y Chavis (1986, pág. 9) el sentido psicológico de comunidad es “un sentimiento que los miembros tienen de pertenencia, un sentimiento de que los miembros son importantes para los demás y para el grupo, y una fe compartida en que las necesidades de los miembros serán atendidas a través del compromiso de estar juntos”. Así, esta acción trazará una dirección conjunta, lo que facilitará la creación de lo comunitario. Como argumenta Engelken (2005), “la teoría social se ha preocupado por los fenómenos identitarios, pues proporcionan la clave de la acción social: qué parámetros de sentido mueven a los sujetos a actuar de una forma y no de otra y qué discursos-de-sentido son desplegados para comprender/construir el mundo circundante.” Los valores de confianza y entendimiento mutuo, los valores compartidos y conductas que nos unen, hacen que la acción cooperativa sea posible (Cohen y Prusak, 2001).

Con este modelo de intervención, se está llevando a cabo un programa en el barrio de La Mina en Barcelona. La finalidad del programa era crear comunidad, para potenciar la convivencia desde el trabajo con la identidad. Ya que la sociedad está constituida por las relaciones que esta-

blecemos con sus miembros (Krishnamurti, 1996), decidimos trabajar con toda la comunidad educativa, puesto que cada una de las “partes” tenía que descubrir lo que podía aportar al proyecto conjunto. Como menciona Cohen (1986), el sentimiento de “distinción social” constituye la base de la “conciencia cultural”. De este modo, lo que resulta verdaderamente relevante es el “entre” que emerge o se crea cuando entramos (conscientemente) en relación o, en términos franklianos, cuando nos relacionamos libre y responsablemente.

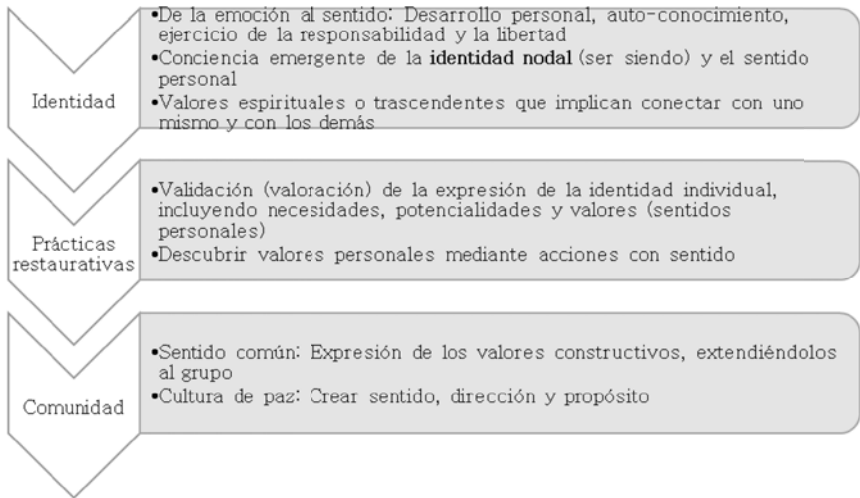
Siguiendo el modelo expuesto, partimos del trabajo con uno mismo, del tomar conciencia de quién soy, para poder hacer “uso” de quién soy: la identidad como herramienta para aportar al mundo lo que estoy llamado a ser. Esta conjetura da lugar a la creación de una convivencia comunitaria con sentido y significativa. Pero para que fuese realmente significativa, teníamos que implicar a todas las personas que constituyen y dan forma a la comunidad.

Por ello, se realizó en primer lugar la exploración del territorio y el descubrimiento del entorno de intervención. Posteriormente, establecimos contacto con todas las instituciones que trabajan en el barrio (biblioteca, escuelas e institutos, centro cultural, entre otras), incluyendo a las personas que viven y conviven en él (niños y adolescentes, familias, referentes del barrio, técnicos agentes y voluntarios del programa, entre otros). Esto fue el preámbulo para elaborar el Plan de Acción y consiguiente ejecución del programa de intervención. Todo este proceso fue llevado a cabo con una evaluación continuada, adaptando la intervención a las necesidades que se iban detectando, para finalmente hacer una evaluación general y completa de todo el proceso.

En todos los casos y niveles de la intervención, trabajamos la secuencia descrita en la Figura 1, que en este caso concreto tomó la forma presentada en la Figura 3: descubrimiento de la identidad y la interioridad, trabajando la autodirección en la vida; gestión del conflicto desde una perspectiva restaurativa, donde se potencia el trabajo cooperativo y la identidad en la comunidad, para trabajar la auto trascendencia, y por lo tanto aportar a lo comunitario aquello que uno/a sabe que dispone de esos elementos para generar pertenencia.

Se decidió aplicar las practicas restaurativas, porque ser “restaurativo” implica creer que las decisiones están mejor tomadas y los conflictos mejor resueltos por quienes están directamente involucrados en ellos (O’Connell y Wachtel, 2010). El movimiento de prácticas restaurativas busca el desarrollo de buenas relaciones y restaurar el sentido de comunidad. Desde este enfoque, los módulos de trabajo constituían un proceso más amplio que perseguía la activación de los recursos internos de las personas, desvelando el propio valor para poder extenderlo a su comunidad, participando de ella y aportando y creando valor.

Figura 3. Modelo de intervención para la convivencia comunitaria desde la identidad nodal.



La perspectiva existencial-humanista es el hecho diferencial de la intervención, donde el valor relevante lo toma la persona. Siguiendo a Segura (2013) “se trata de una mirada conjunta hacia aquel horizonte, que, además, nos reclama a ambos conjuntamente, al Yo y al Tu (...) La meta colectiva, el compromiso colectivo nos da sentido como comunidad” (p.

82). Esto tiene que ver con un acto de sentido conjunto que, inevitablemente, pondrá en juego nuestro sentir, sentir que activa ese canal de atribución de sentido. El enfoque basado en la comunidad pretende trazar una dirección conjunta en términos de proyecto, aquello que nos une. Para dar lugar a este proceso es necesario conocer los valores personales de cada uno, los valores que nos dan sentido, con la finalidad de generar un valor compartido. Este acto tiene que ver con el sentimiento de pertinencia, entendiendo que esto engendrará la visión espiritual frankliana de trascendernos a nosotros mismos *hacia* el mundo, atendiendo a la conexión con el otro.

Reflexiones finales

Aunque Frankl no desarrolla este concepto, el tema de la identidad está presente en toda la logoteoría. Toda situación que nos cuestiona, cuestiona nuestra identidad, lo que damos por sentado, desde donde nos movemos, nuestra relación con el mundo y nuestros posicionamientos discursivos. Así, las preguntas de la vida, las que cuestionan el sentido y a las que debemos responder, también cuestionan nuestra identidad. Y es a través de la respuesta que damos que nos definimos a nosotros mismos. Cuando la vida te pregunta: ¿qué vas a hacer con esto?, también te está preguntando: ¿quién eres? Y ¿quién vas a ser?

Cuando incluimos en la identidad todas las dimensiones del ser humano, especialmente la dimensión espiritual o trascendente, incluimos también su naturaleza facultativa, con la que nos referimos a la potenciación de lo que uno/a es, va siendo y cómo se va desarrollando; haciendo hincapié en el trato desde lo humano, con el humano, y reconociendo la existencia de la relación yo-tú que implica libertad recíproca, una aproximación al otro desinteresada y libre sin temores ni intereses.

Desde esta perspectiva, en la intervención que se está llevando a cabo en Barcelona y que se resume en este artículo, realizamos una detección de necesidades de una forma sistémica, cubriendo todas las partes implicadas; lo que nos desveló una visión de conjunto para proceder a la intervención acorde a las necesidades y objetivos que habíamos detectado. Hacer uso sistemático de prácticas restaurativas informales tiene un

impacto acumulado y crea lo que podría describirse como un medio restaurativo: un ambiente que promueve consistentemente la conciencia, empatía y responsabilidad de una manera que probablemente demuestre ser mucho más efectiva para lograr la disciplina social que lo que hacemos actualmente, que es basarnos en el castigo y las sanciones (Wachtel, 2012).

Conclusiones

La Identidad Nodal surge como constructo que relaciona teóricamente los conceptos de identidad y sentido. Se ha presentado un diálogo entre el concepto de Identidad Nodal y el sentido en términos franklianos.

El concepto de identidad no está explícito en el paradigma frankliano, pero puede decirse que está implícito en sus tesis. Aplicando dicho paradigma al concepto de identidad, encontramos que la identidad es de naturaleza procesual, relacional, dialógica y trascendente; pudiendo ser considerada como la integración de las experiencias identitarias significativas en las tres dimensiones del ser humano e incluyendo su naturaleza dual: fáctica y facultativa.

Se presenta una intervención derivada de este modelo. Más allá de los puentes teóricos, la intervención en el territorio nos sugiere que identidad y sentido son dinámicas estrechamente relacionadas, de modo que no existen la una sin el otro. Por ello, se concluye la necesidad de entender y atender a ambas experiencias del ser humano en su desarrollo.

Ariadna SALVÁ AIGE es psicóloga y terapeuta. Trabaja en NO-DOS (Barcelona) y como profesora adjunta de la Universidad de Barcelona en gestión de correspondencia: ariadnasalva@ub.edu.

Silvia POSTIGO ZEGARRA es doctora en psicología y terapeuta. Trabaja en NO-DOS (Valencia). spostigo@cop.es.

Josep GALLIFA ROCA es licenciado en matemáticas. Trabaja como catedrático en Filosofía i Ciencias de la Educación y actualmente es decano de la Universidad Ramon Llull de Barcelona. josepGR@blanquerna.url.edu.

Referencias

- Acevedo, G. (2002). Logoterapia y resiliencia. *NOUS: Boletín de Logoterapia y Análisis Existencial*, 6, 23-40.
- Acevedo, G., Etchebehere, P. y Girons, C. (2015). *Ser Siendo. Tres Miradas desde la Logoterapia*. Buenos Aires: Centro de Análisis Existencial Viktor Frankl.
- Bauman, Z. (2005b). *Identidad: Conversaciones con Benedetto Vecchi*. Buenos Aires: Losada.
- Bertalanffy, L. (2006). *Teoría General de los Sistemas: Fundamentos, Desarrollo, aplicaciones*. Mexico DC: Fondo de Cultura Económica.
- Blasi, A. (2005) Identity and its construction during the adolescent years /La construcción de la identidad durante la adolescencia. En *Congreso Ser Adolescente, Hoy: Libro de Ponencias* (pp. 11-34). Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción. Consultado el 15/01/2015 de <http://www.fad.es/node/5455>
- Bruner, J. (1991). *Actos de Significado. Más Allá de la Revolución Cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Castells, M. (1997). *La Era de la Información. Vol. 2: El Poder de la Identidad*. Madrid: Alianza.
- Cloninger, C. R. (2004). *Feeling Good. The Science of Well-being*. New York: Oxford University Press.
- Cohen, D (1986). *Symbolizing Boundries, identity and diversity in British Culture*. Manchester: Manchester University Press.
- Cohen, D, y Prusak, L (2001). *In Good Company: How Social Capital Makes Organizations Work*. Boston: Harvard Business Press.

Delgado, J. A., y Rodríguez, M. (2010). El nuevo paradigma integral. 11º Congreso Virtual de Psiquiatría. *Interpsiquis 2010*. Descargado el 1/10/2015 de <http://www.maribelium.com/articulos/psicologia/el-nuevo-paradigma-integral.html>

Engelken, M. (2005). La metáfora de lo uno-múltiple: Una (re-)concepción dialógica de la identidad personal (una crítica al reduccionismo “posmodernista”). *Athenea Digital*, 7, 114132. Descargado el 35/07/2010 de <http://antalya.uab.es/athenea/num7/engelken.pdf>

Erikson, E. (2000). *El Ciclo Vital Completado*. Barcelona: Paidós.

Etchebehere, P. R. (2009). *El Espíritu desde Viktor Frankl. Una Lectura en Perspectiva Filosófica*. Buenos Aires: Ágape Libros.

Frankl, V. E. (1969). *The Will to Meaning. Foundations and Applications of Logotherapy [La Voluntad de Sentido: Fundamentos y Aplicaciones de la Logoterapia]*. New York: Pequin Book.

Frankl, V. E. (1987). *El Hombre Doliente. Fundamentos Antropológicos de la Psicoterapia*. Barcelona: Herder.

Frankl, V. E. (2004). *El Hombre en Busca de Sentido*. Barcelona: Herder.

Gergen, K. J. (1991). *El Yo Saturado*. Barcelona: Paidós.

Gergen, K. J. (1994). *Realidades y Relaciones, los Sondeos en la Construcción Social*. Cambridge: Harvard University Press

Gendlin, E.T. (1981) *Focusing*. New York: Bantam Books.

James, W. (1890). *The Principles of Psychology*. Cambridge: Harvard University Press.

Krishnamurti, J (1996). *La Libertad Primera y Última*. Barcelona: Kairos.

Markus, H. y Nurius, P. (1986). Possible selves. *American Psychologist*, 41 (9), 954-969.

McMillan, B., y Chavis, D. M. (1986). Sense of community: A definition and theory. *Journal of Community Psychology*, 14, 6-23.

Merlo, V. (2011). *Las Enseñanzas de Sri Aurobindo*. Barcelona: Kairos.

Mead, G.H. (1934). *Mind, Self, and Society*. Chicago: University of Chicago Press.

O'Connell, T. y Wachtel, B. (2010). *Restorative Justice Conferencing: Real Justice and the Conferencing Handbook*. Bethlehem, PA: International Institute for Restorative Practices.

Postigo, S. (2011). "Esto no es América" *Identidad y Migración en el Contexto del Acoso entre Iguales*. Universitat de València: Tesis Doctoral.

Revilla, J.C. (2003). Los anclajes de la identidad personal. *Athenea Digital*, 4. Descargado el 14/11/2014 de <http://antalya.uab.es/athenea/num4/revilla.pdf>

Rodríguez, M. (2003). *El Problema de la Identidad Personal: Más que Fragmentos*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Sarason, S. B. (1974). *The Psychological Sense of Community: Prospects for a Community Psychology*. San Francisco: Jossey Bass.

Segura, J. (2013). Inclusión con Sentido. *NOUS: Boletín de Logoterapia y Análisis Existencial*, 17, 77-94.

Tajfel, H. (1984). *Grupos Humanos y Categorías Sociales*. Barcelona: Herder.

Turner, J.C. (1987). *Rediscovering the Social Group: A Self-categorization Theory*. Oxford: Blackwell.

Wachtel, T. (2013). *Dreaming of a New Reality: How restorative practices reduce crime and violence, improve relationships and strengthen civil society*. Bethlehem, PA: The Piper's Press.